



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN ALICIA

“Al sumergirte en estas historias, sentirás la magia de caer por la madriguera, en mundos y emociones tan envolventes que parecerá que acabas de salir de una sala de cine.”

Álvaro y Paula se conocen en una fiesta de Año Nuevo. Se atraen, juegan a seducirse, cantan juntos. A las 6 a. m. inauguran un ritual que prometen repetir el resto de sus vidas. Se enamoran para siempre y no se vuelven a ver. Ni siquiera se han preguntado sus nombres. Nunca se olvidarán.

Ahora se reencuentran casi diez años después. Él es una estrella de la música y ella, su biógrafa. Los dos han tenido una vida dura y se sienten rotos. Dañados. La atracción vuelve, pero ellos harán todo lo posible por no enamorarse. Por contrato, deben convivir bajo un mismo techo durante seis meses, hasta que ella termine de escribir la biografía. En ese tiempo, se acercan y se rechazan, se cuidan mutuamente y se traicionan, intentan abrir sus corazones, pero se guardan grandes secretos.

EL CLUB DE LAS 6 A. M. TIENE DOS SOCIOS, PAULA Y ÁLVARO.
CADA AMANECER QUE LOS ENCUENTRA DESPIERTOS,
ELLOS PROMETEN LUCHAR CONTRA SUS PEORES MIEDOS,
SIN SABER SI PODRÁN DERROTARLOS.

PAPEL ECO-FRIENDLY



www.theorlandobooks.com



COLECCIÓN



ALICIA

MAQUI COMESAÑA

EL CLUB de las 6 a.m.

EL CLUB de las 6 a.m.

MAQUI COMESAÑA



MAQUI COMESAÑA

Nació el 5 de noviembre de 2001 en Buenos Aires. Creció leyendo historias y soñaba con ser la protagonista de todas. Hasta que un día decidió inventar las propias y se puso a escribir.

En 2019, presentó una antología de cuentos con ayuda de su profesora de Literatura y personas de su municipio. Más adelante, en plena pandemia, con su pasión por la lectura como motor, comenzó a grabar tiktoks sin un rumbo fijo y su vida dio un giro inesperado y soñado.

Estudia Derecho y traductorado, y también se dedica a enseñar inglés a un grupo de niños increíbles.

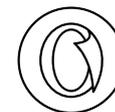
Cuando nadie la encuentra, probablemente Maqui esté tomando Coca-Cola o café mientras escribe y escucha Taylor Swift o Pole.

El club de las 6 a. m. es su primera novela.

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS



THE ORLANDO BOOKS
COLECCIÓN ALICIA

Dirección general: Marcela Citterio

Diseño de cubierta e interior: Valeria Miguel Villar (@be.olifant)

Al Art de cubierta: Lucho Zabrana

Edición: Paula Rodríguez

Corrección: Mimi Romanz Giordano

©Maqui Comesaña, 2023

©The Orlando Books, 2023

www.theorlandobooks.com

Primera edición: Octubre 2023

ISBN: 978-631-90060-5-6

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Comesaña, Maqui

El club de las 6 am / Maqui Comesaña. - 1a ed. - Caseros: The Orlando Books, 2023.

288 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-90060-5-6

1. Literatura. I. Título.

CDD A863.9283

El editor advierte que el contenido del libro puede contener temas sensibles sobre el suicidio. Ante el peligro de estar atravesando una situación de depresión o labilidad psiquiátrica, recomendamos recurrir a la línea 135 para solicitar ayuda.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

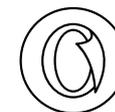
Este libro ha sido impreso en papel amigable con el medio ambiente, fabricado 100% a partir de caña de azúcar, 0% fibra de árboles y 0% productos químicos para blanquear.

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2023.

Linegrafic S.R.L. División Editorial. Ciudad de Buenos Aires - Argentina.

EL CLUB de las 6 a.m.

MAQUI COMESAÑA



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN ALICIA

*Para los que sueñan con imposibles;
Los que se van a dormir con lágrimas en los ojos porque los silenciaron;
Los que piensan que la oscuridad es para siempre;
Los que se cayeron y piensan que merecen esos golpes;
Los que batallan todos los días contra el reflejo del espejo y piensan
que nunca ganarán la guerra.
Para todas las Paulas y Ávaros del mundo.
La vida es preciosa para vivirla.
No dejen que los malos días definan el resto.
Vale la pena estar acá y ahora.*

*También, este libro es para la Maqui que alguna vez pensó que nada
valía la pena; ¿ya ves que sí?*



“Dear reader, if it feels like a trap
You’re already in one.

Dear reader, get out your map,
pick somewhere and just run”.

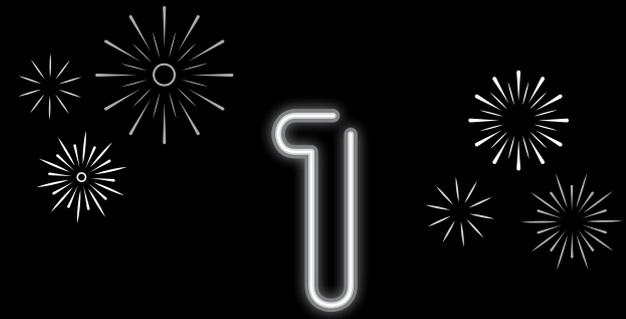
[Querido lector, si se siente como una trampa,
ya estás en una.

Querido lector, saca tu mapa,
escoge un lugar y corre].

Taylor Swift

Escaneá el código QR y disfrutá la playlist del libro en  Spotify.





Todo se jodió

*Los tubos de plástico caen.
Me los bebo con miedo.
El aire se vuelve pesado.
Contengo el llanto,
aunque no pueda evitar
sentirme un puto perdedor.*

*Uno por uno voy tomando.
Movimientos torpes entre tú y yo
componen un silencio aterrador.
Y todos miran como bebemos.
Uno por uno tomamos.
Tu cuerpo y el mío,
pegados,
abrazados.
Te beso y te devoro en
esta hermosa madrugada*

*de enero que todo
lo jodió.*

*Me dijiste que sí
y yo huí.
Te miré y con lágrimas
corrí bien lejos.*

*Ahora llamo y nadie me responde.
Ya no sé ni qué sentir.
Nena, quiero verte,
acariciar tus pecas,
pero
¿a dónde te has ido?*

*Uno por uno voy tomando.
Movimientos torpes entre tú y yo
componen un silencio aterrador.
Y todos miran cómo bebemos.
Uno por uno tomamos.
Tu cuerpo y el mío,
pegados,
abrazados.
Y todo se jodió.*

Todo se jodió

Tema inédito de Álvaro Castilla, 2023

ÁLVARO

"I don't want to be alive, I just wanna die today".

1-800-273-8255, Logic

20 de mayo de 2023

Cometí un error.

Las manos me tiemblan y no puedo controlarlo. Mi respiración entrecortada se mezcla con la fresca brisa de mayo. Necesito sentir otra vez. Inspiro largo y profundo. Me impulso hacia arriba y apoyo los pies sobre el alfeizar. No puedo evitar pensar en la caída. En mi caída. En el descenso de mi cuerpo, lento y rápido al mismo tiempo. En mi mente bloqueada con la imagen de esos ojos miel.

La sangre en el brazo izquierdo ya se ha secado, cubre por completo el tatuaje que tanto odio. *Odio*. Hay algo en esa palabra que me provoca un pinchazo en el estómago. Nunca fui de los tíos que odian a alguien. Odiar no entra en mi vocabulario. Excepto a él. *Él*, el hijo de puta que provocó el peor daño de mi vida.

Todo está destrozado. Fui egoísta y pensé solo en mi propio bien. Creí que, comportándome como lo hice, todo se solucionaría. El problema fue que no conté con los fallos que mi plan tenía. Un solo error. Uno solo y mi plan se fue a la mierda: enamorarme.

Cierro los ojos con fuerza. Quiero paz. Se lo debo a la chica que no deja de colarse en mis pensamientos. Ha calado hasta lo más hondo de mi alma. No puedo dejar de preguntarme cuándo fue, en qué momento traspasó todas mis barreras.

Estoy listo.

El viento azotándome con fuerza me da ánimo. Y entonces

lo escucho. Un estruendo en el medio de la noche. Y un grito desgarrador.

Temo lo peor, pero ya no puedo echarme atrás. Tomo el impulso necesario para aterrizar con fuerza contra el suelo, pero una voz ahogada me detiene.

—Álvaro, no lo hagas.

Es que yo tengo la culpa de todas sus desgracias y debo pagar el precio.

—No me dejes, por favor.

A veces, tomamos decisiones apresuradas. No nos damos cuenta de que un simple error y todo puede desaparecer.

PAULA

“Hacemos el balance de lo bueno y lo malo.

Cinco minutos antes de la cuenta atrás”.

Un año más, Mecano

31 de diciembre de 2013

La nieve cae a mi alrededor.

Amo esta época del año. Las decoraciones navideñas, la felicidad en los rostros, recibir regalos, comer muchas galletas.

Camino con alegría. Mi madre me regaló por mi cumpleaños el cárdigan por el que rogué durante meses. Tiene pequeños reños bordados y es de color rosa pálido. A lo lejos, puedo divisar el local con el enorme cartel neón —Believe— donde mi amiga Darla y yo celebraremos la llegada del Año Nuevo.

Me acomodo el gorro de lana y, con un poco de inseguridad, cruzo la entrada. En una esquina, la veo con un par de chicos de nuestra clase.

—¡Al fin llegas! Por un momento creí que tus padres no te dejarían venir.

Darla me da un beso y yo saludo al resto con la mano. Me siento a su lado.

—¿Y bien? ¿Qué opinas del lugar? —Me mira expectante.

—¡Me encanta! —digo sorbiendo de la bebida que me ha traído la camarera.

No puedo dejar de observar todo con estupefacción. Me hubiese gustado que Víctor estuviera aquí. A él le gustan este tipo de bares.

—Tendría que haberle insistido a Víctor —exteriorizo mis pensamientos—. Prefirió quedarse en casa con nuestros padres. Es una lástima.

Hago un mohín y mi amiga ríe.

—Algún día de estos voy a robarle el corazón. —Suspira dramáticamente y yo finjo una arcada.

Si hay algo que tiene Darla es que siempre va de rompecorazones por la vida. Yo, en cambio, soy a quien se lo rompen.

Es ya casi medianoche cuando el lugar se transforma en karaoke. Un montón de personas disfrutan y ríen a carcajadas mientras tratan de cantar en sintonía. Hemos probado toda la carta de cócteles y, hasta el momento, mi favorito es uno que lleva piña. De tanto líquido que ingerí, me dan ganas de ir al baño. Y estoy llegando a la zona de los sanitarios cuando la gente comienza a corear la cuenta regresiva.

—¡No puede ser! ¡Hostia! —Intento gritar, pero hay demasiado ruido y perdí a mis amigos en la odisea por ir hacia los lavabos.

Camino en círculos hasta que me rindo. Hay miles de personas. Llego a una pequeña terraza. Me apoyo en la barandilla y observo el paisaje nocturno. Definitivamente, Madrid es mi ciudad en el mundo. Suspiro y el vapor me envuelve por completo.

—TRES... DOS... UNO... ¡FELIZ AÑO NUEVO!

Mierda.

Repiqueo las botas contra el suelo en una especie de berrinche, aunque no llamo la atención de nadie. O al menos eso creo hasta que escucho una voz rasposa a mi lado.

—Veo que lo estás pasando en grande, ¿a que sí? —El chico dueño de esa voz ríe seco y yo lo observo enfurruñada.

—Lo estoy pasando brutal. Es solo que perdí a mis amigos con tanto gentío —murmuro y me reprendo internamente porque sueno como una boba—. De todas formas, mira lo que es Madrid. —Señalo el edificio Tío Pepe que se ve desde aquí arriba—. Mola muchísimo. —Me vuelvo para seguir mirando la ciudad.

Él suspira y se apoya contra el barandal. Tiene el cabello oscuro y lleva unas gafas de sol a pesar de que es de noche. Sin pensarlo mucho, se las quito y me las coloco. Sus ojos son azulados como el mar.

Mira el cielo y luego me señala.

—Deberías quedártelas. Te quedan mejor que a mí. —Mete la mano en la chaqueta de cuero y saca un cigarrillo. Apenas lo enciende, el olor a tabaco me nubla el olfato. Toso un poco—. ¿Quieres?

Niego con la cabeza y él aprovecha para dar una pitada.

—Ahora, dime, chico misterioso —susurro acercándome—, ¿no te gusta la ciudad?

—¿Y quién ha dicho lo contrario? —Se pone a la defensiva.

—Tal vez porque estás recibiendo el Año Nuevo en una terraza con la actitud de que es la cosa más insoportable que puedes hacer hoy.

Ahí está mi vómito verbal, que siempre me obliga a hablar a pesar de que no me lo pidan.

Nos quedamos en un silencio que se me antoja demasiado incómodo, apreciando la noche, cuando alguien a nuestras espaldas nos grita:

—Ustedes dos, ¡a la pista!

¿Qué mierda? Ambos nos miramos y comenzamos a reír. El señor que nos ha llamado parece ponerse serio y nos señala de vuelta el interior del lugar. El chico misterioso me mira y se encoge de hombros. Yo no voy a cantar bajo ninguna circunstancia. Niego con la cabeza, aunque no sirve de nada, ya que los dos hombres cruzan miradas y, después, él me agarra por sorpresa y me carga en sus hombros cual bolsa de papas.

—Oye, chico, yo no pienso cantar nada —le grito cuando me devuelve al suelo—. ¡Joder! —exclamo cuando noto cómo medio bar ha visto mis bragas por debajo de la minifalda. Un color carmín me tiñe las mejillas mientras él ríe.

—Tranquila, chica de renos. Nadie ha notado esas bragas de Mickey Mouse que llevas.

—Si serás capullo —bufo de mala gana.

Posa un dedo en mis labios y me mira de forma encantadora. Acomodo los lentes que se me han caído por el puente de la nariz,

y él me ignora y camina hacia la mesa en donde está la lista de canciones. Elige una mientras una chica no más grande que yo me tiende un micrófono. La situación es digna de *High School Musical*.

—Espero que conozcas la canción porque, si no, haremos el ridículo frente a muchas personas, preciosa. —Si ya tenía nervios y miedo de hacer un desastre, mirar a toda esta gente me hace sentir peor—. Tranquila, la mayoría es probable que mañana no nos recuerde. Ya sabes, llevan al menos tres copas encima. Además, he elegido a Taylor Swift. Supongo que a tías como tú os mola mucho esta cantante. —Me guiña un ojo y mi corazón comienza a latir fuerte.

Apenas escucho los primeros acordes, reconozco la canción. Por inercia, comienzo a cantar.

*All I knew this morning when I woke.
Is I know something now
Know something now I didn't before
And all I've seen since 18 hours ago
Is green eyes and freckles and your smile
In the back of my mind, making me feel like.*

Un calor me recorre cuando sus ojos se encuentran con los míos. De repente no me da vergüenza dejarme llevar.

*Cause all I know is we said, "Hello"
And your eyes look like coming home
All I know is a simple name
everything has changed.*

Su voz contrasta con la mía de forma mágica. Dejo que la canción nos guíe y cierro los ojos. Cuando comienza a cantar su parte, los abro. No deja de moverse por el escenario, sabe lo que hace. Su mirada está puesta solo en mí.

Siento que estoy teniendo mi momento de película, y eso me hace reír. Él observa con curiosidad mi risa repentina. Cantamos el resto de la canción absortos en la melodía, y las personas a nuestro alrededor solo nos miran, parecen confirmar lo ridícula que es esta escena.

Cuando terminamos, el pecho me sube y baja acelerado. No sé si es porque él se ha acercado más de la cuenta o porque estuve cantando durante tres minutos e intenté sonar lo más profesional que pude. La gente aplaude y yo no puedo dejar de reír.

¡¿Qué coño ha sido todo esto?!, repito en mi mente.

Me doy la vuelta para encararlo con tanto impulso que casi me voy de bruces contra el suelo. Sus brazos me rodean y su olor a tabaco mezclado con menta me abraza.

—¿Cómo te llamas, muñeca? —Alza una ceja y yo pongo las manos contra su pecho, intentando soltarme un poco.

—Ahora es el momento en el que me dices “Feliz Año Nuevo” y nos intercambiamos números de móvil, y yo me voy y tú te vas, y... nos volveremos a ver cuando comiencen las clases —digo sin detenerme un segundo ni a respirar.

—Creo que no te estoy siguiendo —comenta entre risas.

Con la mano en el corazón, como herida, pregunto:

—¿No conoces *High School Musical*? ¿Con qué clase de individuo estoy hablando? —Niega con la cabeza y me hago la ofendida—. Ahora no te diré mi nombre. —Comienzo a alejarme.

—¡Oh, vamos! —Él me sigue casi pisándome los talones.

Llego al medio de la pista llena de gente. Él me toma de la muñeca y me gira haciéndome chocar contra su cuerpo. Subo la vista hasta sus ojos.

—¿Sabes qué? Eres ridículamente alto —digo golpeándole los hombros, y él emite una carcajada sonora.

—¿Acaso eso es un cumplido o un insulto? —Me agarra de las caderas, se relame los labios y yo no puedo evitar posar la mirada sobre ellos.

Se acerca a mi oído y murmura:

—Esas gafas te quedan jodidamente bien. —Se me eriza la piel al sentir su aliento contra mi cuello. Caigo en la cuenta de que en ningún momento me he sacado los lentes y me siento ridícula—. ¿No me dirás tu nombre, chica de renos?

—¿Chica de renos?

—Sí. Ya sabes, tienes unos putos renos en tu cárdigan.

La risa se cuela entre ambos. Comienza a sonar *Sweater weather*, de The Neighborhood, y me estremezco. Sus manos siguen posadas a ambos lados de mis caderas. Me pongo en puntillas de pie y le rodeo el cuello. Alzo la vista para mirarlo y veo el fuego. Sus ojos azules se ponen oscuros. Me pierdo en ellos. El cabello negro combina tan bien con la piel aceitunada que da miedo. Parece un ángel caído del cielo. Su mano derecha viaja a mi rostro.

—Lindas pecas. —Sonríe, y yo lo hago por reflejo.

No puedo evitar desviar los ojos a sus labios nuevamente. Él me imita. La canción sigue sonando. Su rostro comienza a acercarse al mío y me olvido de cómo respirar. Apenas se produce un roce entre nuestras bocas cuando habla, al fin.

—Creo que sería justo que recibas tu beso de comienzo de año, ¿no crees?

—Pues no veo por qué no —murmuro. Siento cómo todo mi cuerpo se torna en gelatina.

—Feliz Año Nuevo, pequitas. —Sonríe como un lobo.

Esta vez me agarra de la nuca y me atrae hacia él. Nuestras bocas chocan hambrientas de deseo. Nuestras lenguas se buscan, se rozan, se provocan.

No sabía qué tanto podía encender un beso; este, sin dudas, mucho. Me aferro a él intentando que no se rompa el momento. Se aleja solo un poco y me mira con intensidad antes de llevarse mi labio inferior a la boca y morderlo. Nos separamos para recuperar aunque sea un poco del aire que nos robamos. Lo suelto, como si tocarlo me quemase, y siento cómo las piernas comienzan a fallarme. Soy gelatina en estado líquido.

Me toma de la mano y camina con seguridad de regreso hacia la terraza. Apenas estamos afuera, el aire frío me golpea el rostro. Inspiro hondo y él aprovecha para fumar otro cigarrillo. Yo simplemente lo observo intentando descifrarlo aunque sea un poco. Lo miro a él, todo tan *bad boy*, y luego bajo la vista hacia mi cárdigan y río como una tonta. Él enarca una ceja mientras da una pitada y expulsa el aire.

—¿Nos has visto? —Nos señalo—. Llevo un suéter de putos renos —imito sus palabras—. Simplemente no pegamos en nada. —Me acomodo los lentes, que ya se han amoldado a mi cara. Él se encoge de hombros.

—No me conoces. Podríamos ser más parecidos de lo que crees. Además, me acerqué a ti por los renos, son muy sexis.

Volvemos a reír.

—Bueno, niño sabelotodo, cuéntame algo que nadie más sepa.

—¿Este es tu intento de trivia para saber si somos compatibles? —Asiento con la cabeza y él se rasca la barbilla, pensando—. Supongo que, a veces, me da miedo el vacío. —Lo miro curiosa, sus ojos se pierden en el cielo estrellado—. Es una sensación que me invade de vez en cuando. Es como... una ansiedad que me consume en ciertos momentos. Como si sintiese que estamos diseñados para ser pasajeros. Etapas. Nadie dura tanto en nuestras vidas y nosotros tampoco en las del resto. —Me mira y entrecierra los ojos—. Tal vez acabo de decir una chorrada.

—Creo que todo el mundo cree lo mismo. Solo que nadie lo expresa por miedo a sonar... roto.

Me da una media sonrisa y nos quedamos en silencio. La nieve cae suave sobre nosotros.

—Creo que es momento de que me vaya a casa —digo despacio.

No quiero irme, pero seguro que ya es muy tarde. Él mira su reloj y se ríe.

—Son las seis de la mañana, pequitas. Definitivamente, inauguramos el club de las 6 a. m.

—¿Y de qué va ese club? —pregunto.

—De que somos de esos idiotas que temen a la vida y a esta hora logran dejar ir todos sus miedos. —Me empuja despacio el hombro—. Vamos, grita algún miedo que tengas. —Me anima y yo me niego—. Eso no es justo. Yo te confesé algo mío. Sería correcto que hicieras lo mismo.

Miro a nuestro alrededor: no hay nadie.

—¿Tengo que gritar?

—Así es. Nadie nos va a escuchar, tranquila. Esa gente de allí adentro debe estar muy ebria a estas horas. Créeme. —Enciende su tercer cigarrillo y me mira paciente.

Suspiro y me plancho la falda con las manos.

—¡¡¡Quiero ser escritora!!! —grito con todas mis fuerzas, y miro con miedo a la puerta por la que salimos.

—¿Lo dices en serio? —Asiento en silencio—. ¿Y por qué le temes a eso? —Su altura se cierne sobre mí—. Eso es algo muy chulo. —Lo miro incrédula—. Lo digo en serio. —Se lleva una mano al pecho con solemnidad.

—Es... por mis padres. Ellos odiarían que no siguiera con el legado familiar.

—A la mierda tus padres. A la mierda el legado familiar, pequitas. No deberías temer a tu futuro. Puedes ser lo que tú quieras.

Lo miro y volvemos a quedarnos en silencio. De repente, se sube arriba de una banqueta y exclama a todo pulmón:

—¡¡¡Tengo miedo a ser yo mismo!!!

¿De qué habla exactamente?

Se baja de la banqueta. El pecho le sube y baja de manera veloz.

—A esto llamo una buena inauguración del club. —Río, pero por dentro sus palabras provocan un sabor amargo en mí—. Prométeme, pequitas, que, si no nos volvemos a ver, todas las mañanas intentarás decir en voz alta aunque sea un miedo que tengas y harás lo imposible para no temerle más. —Sus perlas azuladas me observan serias, y yo estoy obnubilada.

—Lo prometo.

Me besa delicadamente la frente y se marcha.

Miro estupefacta cómo su silueta desaparece de la terraza.

Lo veo irse, sin ser capaz de seguirlo porque mis pies se plantaron al suelo y echaron raíces.

Lo que todavía no sé es lo que esta promesa significará en el futuro. Que incluso muchos años después de esta noche seguiré despertándome y recordando cómo prometí algo que nunca podré cumplir.



Mi chica de renos

*Todo arranca.
Todo empieza a sonar
mientras Madrid o cualquier ciudad duerme.
Así es mi mente,
atenta y despierta,
mientras el resto de la gente
sueña y descansa.*

*Pero apareciste tú,
mi chica de renos.
Con más de un motivo
para mantenerme soñando.
Le diste paz a esta mente mía.
No te vayas, te lo pido.
Con lágrimas en los ojos
ruego y ruego
que te quedes.*

*Y cuando el invierno
nos tome por sorpresa,
congelándonos,
tomaré tu mano
y volaremos por la ciudad.
Tú y yo abrazados
cantando viejos temas
en la parte de atrás de tu jeep.
Mientras nos murmuramos todo
lo que nunca fuimos capaces de decir.*

*Porque apareciste tú,
mi chica de renos.
Con más de un motivo
para mantenerme soñando.
Le diste paz a esta mente mía.
No te vayas, te lo pido.
Con lágrimas en los ojos
ruego y ruego
que te quedes.*

Mi chica de renos

Tema inédito de Álvaro Castilla, 2023

PAULA

“Donde regresa siempre el fugitivo, pongamos que hablo de Madrid”.

Pongamos que hablo de Madrid, Joaquín Sabina

31 de diciembre de 2022

Es casi medianoche. Doy pequeños sorbos a mi trago e intento no pensar en él. Pero es que simplemente no puedo. Aún recuerdo sus ojos azules y la canción. Pasaron nueve años desde aquel día. Nueve putos años y mi vida es agua de estanque. De él, no volví a saber nada. De mí, no queda ni la mitad de la chica que era entonces.

Ahora odio esta época del año. Odio la nieve, la alegría en el rostro de la gente y, sobre todo, odio a las estúpidas familias felices. Yo ya no tengo una. Me ha sido arrebatada.

Ya no canto música navideña ni horneo galletas hasta perder la razón. Solo tengo un corazón sin vida dentro del pecho. Respiro, escribo, trabajo, y vuelvo a empezar el ciclo.

Voy por mi quinto cóctel y, como cada fin de año, busco su rostro entre la gente. Aunque a esta altura ya me he olvidado de cómo es. Me autoconvenzo de que lo voy a encontrar. Pero aquella promesa, aquella absurda promesa, nunca pude cumplirla. Mis miedos me han perseguido y me perseguirán por el resto de la vida. Fin del asunto.

Apoyo de mala gana el vaso sobre la barra. No hay ninguna cara conocida en este bar. Suspiro. Lo mejor será irme al apartamento que no es mi puto hogar. Trato de ponerme en movimiento, pero la canción que últimamente no deja de sonar

en todos lados —incluída mi mente— me vuelve a cautivar. La voz del cantante suena rota y tan cercana que cualquiera podría identificarse. La letra es la vida misma puesta sobre una melodía. Como siempre que la escucho, se me llenan los ojos de lágrimas. Hay canciones que tienen ese poder sobre mí.

Camino despacio por el lugar. Me siento tan ausente en este último tiempo, tan... vacía.

—Paula.

Alguien me llama.

Giro para ver de lleno mi pasado frente a mí.

Darla tiene el cabello corto y pelirrojo. Lleva un hermoso vestido a tono con el pelo y sus ojos buscan los míos con una alegría que no soy capaz de entender. En su mirada también veo lástima. Tal vez, un poco de empatía. Pero ya tengo suficiente de las dos. Lástima y empatía, eso es todo lo que la gente siente por mí últimamente.

—Darla —pronuncio intentando no quebrarme delante de la que alguna vez fue mi mejor amiga.

—¡Hostia, tía! ¡Que es que llevaba casi siete años sin verte! Cómo has cambiado, ¡madre mía! —Se inclina para darme un beso en cada mejilla. Me acaricia el cabello corto, fascinada—. Qué bien te queda este corte. Aunque te encuentras un poco pálida. —Así es Darla, una vez que comienza a hablar no hay quien la frene—. Yo... —Ya sé lo que viene. Hilvano un pensamiento positivo y clavo la mirada ausente en el suelo—. Lo siento mucho. Todo lo que sucedió.

Se me hace un nudo en la garganta y los ojos comienzan a escocerme.

—No importa. —Carraspeo para evitar que se me quiebre la voz.

—Es bueno saber que has vuelto a Madrid. La ciudad te extrañaba. —Intenta quitarle hierro a la situación, y yo me encojo de hombros.

Por el rabillo del ojo veo cómo se acerca un chico a nosotras. Darla le hace un gesto con la mano y yo me pierdo en mis cavilaciones. La canción sigue sonando, ¿quién es el cantante? Sobre todo, ¿quién compuso esta letra?

—Entonces, ¿qué me dices?

Sacudo la cabeza para dejar ir mis pensamientos.

—¿Sobre qué?

El chico se ha quedado un par de pasos más allá.

—Vamos a ir a una fiesta con Nick. —Señala hacia atrás sin mirarlo—. Podrías venir a despejarte. Imagino que volver no ha sido fácil.

Los pómulos de Darla llevan el mismo iluminador que hace años. Sus pestañas largas y el delineado negro hacen que sus ojos dorados brillen más.

Baja la mirada al cárdigan que llevo puesto. Los renos ya se han deformado por los lavados y los años. Lo único que no puedo evitar en esta época es ponerme este cárdigan. La ilusión que tuve aquel 22 de diciembre en que abrí el paquete en que venía envuelto sigue embriagándome. Sonrío, aunque no puedo hacer que la sonrisa se mantenga en mi rostro por más de dos segundos.

—Tranquila —contesto cortés—, me voy a casa. Todavía tengo que deshacer maletas. Además, estoy con un par de pendientes

en el curro..., ya sabes. —Darla asiente—. Por cierto, ¿sabes quién canta esta canción? —pregunto, y ella se queda estupefacta.

—¿No sabes quién es Reid? —Se lleva una mano al pecho.

Niego con la cabeza y ella se acomoda el pelo. Me agarra del brazo, atrayéndome hacia sí.

—Es un misterio —susurra, y me la quedo mirando—. Nadie conoce su cara. Canta desde las sombras. Aunque sin lugar a dudas tiene potencial para ser una superestrella. —Suspira de forma anhelante—. ¿Seguro que no quieres venir? —insiste.

—Seguro.

Darla me abraza. Sus brazos me envuelven con calidez. Me vuelven a escocer los ojos. No quiero llorar, pero la extraño. A ella, a mí. A la vida que dejé atrás.

Las personas nos pasamos años creyendo que seremos lo que planeamos. Soñando. Construyendo un mundo ideal en nuestras cabezas. Nos creemos invencibles e inquebrantables. Yo era una soñadora. Creía en los cuentos de hadas. Las películas o novelas no nos muestran la cruel realidad. Terminan justo cuando el príncipe salva a la princesa. Ese final no es el final de todo. Es el comienzo. La trama debería mostrar el retroceso de los personajes. Siempre pasan cosas malas. Buenas, también. Es un balance, supongo.

El problema está en que nadie te prepara para lo que te rompe el corazón. Nadie te prepara para la muerte. Tuya o de alguien cercano. Y, en cuanto miras a la muerte de cerca, todo pierde color. La escenografía se vuelve gris. Al igual que tus emociones. La vida pasa en cámara lenta y no crees ser capaz de salir del espiral de la angustia. Le temes a todo. Comienzas a caminar sin sentido dentro de tu propia mente.

El vacío se hace carne.

Y, una vez que ya experimentaste lo peor, te queda el corazón sin vida. Sientes que nunca volverá a latir al mismo ritmo. Nunca nada será brillante otra vez. Vives en la agonía de temer olvidar la voz que tanto amabas y sabes que no escucharás más. Solo quedan las fotos de lo que fue. Absurdos recuerdos que no quieres perder.

A veces, te sientes culpable de estar olvidando a esa persona. Pero la vida sigue con o sin ella. El tiempo no deja de correr para nadie. Aunque las horas pasen lento, el mundo no deja de girar.

Y un día te despiertas y te das cuenta de que debes vivir. Pero ¿cómo se puede vivir sabiendo que hay una pieza dentro de ti que falta? Supongo que todavía sigo buscando en mi interior la respuesta.

Cuando Darla se despide, yo también me voy. Paso por mi hermosa Puerta del Sol, recorro la calle cuesta abajo y dejo que el frío me envuelva. Miro a los turistas sonreír, creando recuerdos que jamás olvidarán. Nadie tiene apuro. Todos caminan disfrutando de la compañía o, incluso, de la soledad.

Jamás entendí a las personas que creen que hay que abrazar a la soledad. Probablemente porque siempre me sentí sola, aun rodeada de gente.

Saco el teléfono en medio de la calle y conecto los auriculares. Tipeo el nombre Reid, y la lista de canciones que hay de él es interminable. Me decanto por escuchar una que se llama *Empezar*. Suena un piano. Guardo el móvil en el bolsillo de los vaqueros y continúo con el recorrido. La voz áspera entona las primeras estrofas de la canción y mis pies se quedan estancados.

La baldosa de granito bajo mis zapatos, la que marca el kilómetro cero, está cubierta de nieve. Me agacho para quitársela. Es el punto exacto donde nacen todos los caminos.

De pronto, en esta noche estrellada de año nuevo, tengo la esperanza de que haya un nuevo camino para mí. Vuelvo a creer en la infinitud.

Depende mucho de nosotros qué ruta trazar en nuestra historia. Y da un miedo que acojona. Miedo a equivocarse. Pero supongo que de eso va un poco la vida, cada elección acarrea renunciar y errar. Y eso duele mucho, lo sé. Pero toda decisión busca acercarnos a una mejor vida, aunque, a veces, resulte que nos alejamos de ella.

A veces se hace muy difícil, entre tanto ruido, escucharse. Pero al final del día eres tú, solo tú, quien decide cómo seguir.

ÁLVARO

“Sigo brindando por los que se han ido.
Y he brindado tanto que no sé cuánto he bebido”.

6 a. m., Pole

31 de diciembre de 2022

Es mi quinto cigarrillo de la mañana. Inhalo y exhalo la nicotina, incapaz de parar.

Todo va bien, o, por lo menos, es lo que intento creer.

Mi música es la inspiración de muchos y, sin embargo, no me atrevo a mostrarles mi verdadera cara. Tal vez sea por cobarde,

pero sé que, una vez que deleve quién soy, mi vida dará un giro que no sé si puedo enfrentar.

Miro la ciudad de Nueva York desde lo más alto. Todo aquí parece ir rápido. Todos corren hacia algún lugar. Nadie es capaz de frenar y mirar hacia arriba. Las mujeres visten unos tacones que dan vértigo y los hombres hablan por teléfono, probablemente, reprimiendo las ganas de asesinar a sus jefes.

Doy la última pitada al cigarrillo y decido entrar al apartamento. Queda mucho que hacer y poco tiempo. Me tiro sobre el sillón de terciopelo. A pesar de estar hasta la cabeza de pendientes, necesito apagar la mente aunque sea por unos segundos.

Un rato después, estoy sentado en la oficina de la disquera, intentando evitar lo inevitable.

—Ya hemos hablado de esto, Álvaro.

Frente a la mirada de desaprobación de Victoria, solo puedo revolverme el pelo de forma desesperada.

—No sé si estoy listo para decir quién soy.

Ella niega con la cabeza.

—No depende de ti. Depende de tus fans y de que en algún momento la gente va a querer que hagas *shows*.

Sus labios forman una línea recta.

—Pues ni de coña. —Me levanto del sillón mullido de la oficina de mi representante—. Es por esto mismo que no quería un contrato con una disquera.

—¿Y a qué te hubieras dedicado? —me grita—. Siéntate de una vez y escúchame. —Vuelvo al sofá—. Harás una presentación en Madrid. Habrá mucha gente con ganas de escucharte. Te amarán, y tú los harás sentir orgullosos de ti, ¿qué me dices?

—Yo elijo dónde —le contesto cruzado de brazos—. Y cuántas personas.

—¿Alguna regla más?

Niego con la cabeza.

Luego de la reunión, decido tomarme la tarde. Estoy cansado de lidiar con esto. Yo solo quiero hacer música y ser libre. No siempre conseguimos lo que queremos; a veces, la vida nos da lo que necesitamos. ¿Era esto lo que necesitaba? Pues no lo sé. Me pongo los auriculares y busco en mi lista. Elijo *Cicatrices* de Natos y Waor.

Mi piso es un verdadero caos. Trastos sin lavar, botellas de alcohol por el suelo, ropa sucia. Así es mi vida. Un verdadero y jodido desastre. Comienzo a acomodar un poco la cocina y me canso al instante. Odio limpiar. De hecho, creo que nunca en mi vida limpié nada. Corroa un costado la mugre del sillón y sigo escuchando la canción.

No quiero volver a Madrid. Eso implica tener que estar cerca de personas que no me interesa en lo más mínimo volver a ver. Me basta con pasarles dinero todos los meses. Para eso sí que sirvo. Y, de hecho, nadie parece extrañarme.

Me cubro la cara con un brazo y me dejo caer hacia atrás. Qué jodido que está todo. Vaya año nuevo me espera.

Siento una vibración. Llamada de Marco, mi mejor amigo.

—Me imagino que estás preparando tu departamento para la noche que nos espera, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco.

—Estoy en eso —musito y miro el cuadro frente a mí.

—Más te vale, tío. ¿Necesitas que lleve de los polvillos mágicos?

—Creo que sabes cuál es mi respuesta. —Marco ríe del otro lado de la línea—. Sólo no traigas lo de la última vez. Digamos que fue un viaje demasiado intenso.

—Me pongo en marcha, entonces.

Nos despedimos y cortamos.

Cómo odio estas fechas.

Un recuerdo agridulce me invade, como siempre que estoy en soledad. Su cabello dorado danzando con el viento, aquel cárdigan que tanto había mirado a la distancia y por el cual me había acercado a ella. Había un brillo en sus ojos que no supe descifrar. Tenía tanta vida que daba vértigo.

Yo no era bueno para nadie. No merecía que nadie me quisiera.

Incluso después de todos estos años sigo sintiendo aquel olor a vainilla al cerrar los ojos. Fui un gilipollas que huyó como un cobarde. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás y hacer las cosas de distinta forma. Puede que hoy no estuviera en donde estoy.

A veces, me divierto fantaseando con miles de realidades distintas si hubiese hecho las cosas de otra manera. Espero que al final todo haya valido la pena.

A las diez de la noche, mi casa comienza a llenarse de gente que no conozco. Han puesto todas las botellas en la isla de la cocina, han traído parlantes y la música suena de todos lados. Estoy un poco aturdido. Sonríe hipócritamente mientras camino. No sé de dónde ha salido esta gente. Nadie sabe quién mierda soy, solo que tengo un dineral en los bolsillos, y ese es motivo suficiente para atraer su interés. En cuanto divisó a Marco a lo lejos, le hago señas para que se acerque.

—Amigo —grita por encima de la música.

—¿Tienes lo que prometiste? —Voy directo al punto. Lo necesito más que respirar.

Marco me tiende la bolsita y se va, dejándome solo entre tantos extraños. Camino con naturalidad hacia mi habitación y cierro con el pestillo. Una vez dentro, voy hasta el baño. Distribuyo el polvo blanco en tres líneas. Si hay algo que me relaja, es hacer esto. El orden que luego produce un desorden en mí. Me miro en el espejo. Tengo ojeras amarillas. Observo con detenimiento mi reciente tatuaje, en el que dejé hasta mi último suspiro del dolor que me produjo. Los trazos negros y la constelación de Escorpio sobre mi espalda y mi brazo izquierdo. Casi no se nota la cicatriz. Pero yo sé que se encuentra ahí. Escondida y punzante. El latente recordatorio de que siempre estaré jodido.

Suspiro y agarro el tubito de metal. Inhalo la primera línea, luego la segunda y la tercera.

Cuando acomodado todo en el baño y salgo, siento cómo mi cerebro se empieza a apagar. Necesito dejar de pensar. Solo sentir. Es lo que me repito cada vez que consumo. Quiero olvidar tantas cosas, pero no puedo arrancarlas de mi piel. Están selladas a fuego.

Comienzo a moverme al ritmo de *Antes de morir* de C. Tangana. Mierda que esta canción me provoca ganas de bailar. Hay un grupo de mujeres en el medio de la pista y me acerco. Marco me agarra del brazo y me aleja un poco de mi objetivo.

—Joder, Álvaro, ¿te has bajado la bolsa entera? —Asiento con la cabeza—. ¿Es que no sabes que no se toma todo al instante?

Mi amigo me reprende.

—Tú no eres mi puto padre, Marco. Espera... —Hago que pienso—. No tengo un puto padre de todas formas. —Me río y lo esquivo.

Me siento en el sofá a admirar a las chicas que bailan. Me llevo las manos a la nuca y cierro los ojos por un segundo. Cuando los vuelvo a abrir, una morena contonea sus caderas hacia mí. Sonrío. Está a punto de hablar, pero le corto el rollo. Yo no quiero hablar. Quiero sentir.

Sentir. Sentir. Sentir.

La atraigo hacia mí y ella se sienta a horcajadas sobre mi entrepierna. Beso con desesperación su cuello, y ella comienza a moverse. Bajo las manos por sus caderas y la muevo a mi antojo. Estoy duro y duele.

“¡Quiero ser escritora!”, grita una voz que ya aprendí a olvidar.

Niego con la cabeza y acerco los labios al rostro de la morena. La chica me mira expectante, pero yo solo veo unos ojos miel.

—¿Qué sucede? —Posa las manos sobre mi pecho.

—Nada, preciosa —susurro y le muerdo el labio inferior.

Sweater weather de The Neighbourhood suena a lo lejos. Dejo de pensar con la polla. Me quedo en blanco en medio de un hogar que ya no se siente mío. Quito con fuerza a la chica de mi regazo y corro por el pasillo del apartamento. Abro las gavetas de la cocina buscando algo. Me cuelgo de la estantería y saco la botella de tequila extra añejo José Cuervo. La abro con desesperación. Me tiemblan las manos en el proceso. Doy un largo sorbo y el líquido transparente me quema por dentro.

Saco del bolsillo de la chaqueta los cigarrillos. Enciendo uno con vehemencia y me relajo contra la encimera.

No entiendo qué sucede conmigo. Hace nueve años que la vi por primera y única vez. Sin embargo, su mirada no deja de perseguirme adonde sea que vaya. Entre calada y calada, tomo un trago de tequila, dejándome ir. Me acomodo los rulos; me han crecido. La chica de hace un rato vuelve a aparecer a mi lado. Me toca el hombro, y yo estoy ausente.

—Ey, tranquilo. —Ríe por lo bajo—. A todos nos puede pasar. ¿Fue una ruptura difícil?

Se me escapa una carcajada.

—Si tan solo hubiese sido una ruptura, podría superarlo. El problema es que no fue nada.

—Ya —murmura y vuelve a acercarse peligrosamente a mí—. Solo déjate llevar, precioso —susurra acariciándome el hombro.

Es lo que hago. Me dejo llevar. La subo a la encimera y me coloco entre sus piernas. Ella me atrae de la nuca y sus labios están a centímetros de los míos.

—Avísame si crees que esto no te gustará —advierte.

—Ya me conozco el juego de memoria —murmuro, y le atrapo los labios en medio de una risa.

Apenas entro en contacto, noto una pequeña pastilla deslizándose por mi lengua. No lo pienso y la trago. Nuestras lenguas danzan en una lucha y mis manos viajan en una búsqueda desesperada de piel. La música suena por todos lados y yo solo puedo sentir fuego. Calor. Recorro un camino de besos desde su barbilla hasta su cuello. Lameteo. La armo y desarmo a mi antojo.

Comienza a escucharse la cuenta regresiva. Otro año de mierda que se avecina. No dejo de besarla mientras cuentan. Tampoco dejo de bajar una de las manos y colarla entre nosotros. Subo la

mirada y la observo. Mis dedos se deslizan con facilidad dentro de ella, provocando que gima para mí. La callo con un beso.

—Tres... dos... uno... ¡Feliz Año Nuevo! —se escucha a lo lejos, y yo estoy perdido en el vaivén de sus caderas contra mi mano.

—Feliz Año Nuevo, pecas —murmuro observando un par de manchitas en el rostro de la extraña.

Cuando abro los ojos, estoy desesperado por agua y un cigarro. La chica de anoche yace a mi lado, desnuda. Cubro su desnudez con una manta. Camino por el pasillo y llego a la cocina. Tomo un vaso y bebo el agua de a pequeños sorbos. Cuando llego al balcón, suelto todo el aire que —no me había dado cuenta— estaba conteniendo. Agarro de la mesita el paquete de cigarrillos y enciendo uno.

Son las 6 a. m.

Qué locura, ¿no?

A veces pasan los años y uno cree que su vida mejora. Al menos yo lo creía. Y luego miras hacia atrás y te das cuenta de que siempre se puede estar peor. Mi vida se ha vuelto un bucle sin sentido. Entre humo y alcohol. Tomo una botella que encuentro tirada por ahí y la inspecciono. Parece vodka. Me la llevo a los labios y me dejo caer sobre la silla.

La ciudad duerme. Las almas rotas salen a jugar un rato.

Y entonces brindo como todos los años desde aquella noche. Brindo por un club del cual seguramente solo yo formo parte, y me compadezco de saber que sumo un nuevo año con vida.

The Orlando Books surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

Detrás de todo lo que nos gusta siempre hay una buena historia.



THEORLANDOBOOKS

www.theorlandobooks.com



THE ORLANDO BOOKS

